

Estas son, hijos míos, las principales obligaciones que contrajisteis en vuestro bautismo; obligaciones tan esenciales á vuestra profesion de cristianos, que nadie os las puede dispensar. Para animaros á cumplirlas con toda fidelidad, seria muy útil, que de tiempo en tiempo, particularmente el dia cumpleaños de vuestro bautismo, os acercáseis á aquella pila sagrada donde fuisteis reengendrados, y allí con vivos sentimientos de fe os dijéseis: aquí me sacó el Señor de la esclavitud del demonio; aquí me recibió por hijo suyo; aquí me hizo heredero de su reino, y aquí mismo yo le prometí servirle como á mi padre; aquí juré serle obediente, fiel y sumiso; aquí renuncié el demonio, el mundo y sus vanidades. En seguida deberíais darle gracias por tan inestimable beneficio, renovarle vuestras promesas, y protestar serle mas fieles en el porvenir. Si de este modo celebráseis el aniversario de vuestro bautismo, tendríais un grande estímulo para vivir bien y un medio poderoso para conseguir el cielo. Amen.

PLÁTICA III.

LA CONFIRMACION.—EL SOLDADO DE JESUCRISTO PUESTO EN CAMPAÑA.

Accipite armaturam Dei, ut possitis resistere in die malo, et in omnibus perfecti stare. (*Ephes. vi, 13*).

No basta haber recibido la vida espiritual en el Bautismo: esto puede ser suficiente para los niños que mueren antes del uso de la razon; pero no lo es para los que sobreviven, y quedan expuestos á los peligros de perder la gracia. Muchos son los peligros, combates y tentaciones que encontramos ya desde nuestra primera edad: vosotros lo sabeis, mis amados hijos. Peligros por parte de nuestras mismas pasiones, que en aquella estacion comienzan á desarrollarse y á hacer sus primeros ensayos; combates por parte del mundo, que se aprovecha de nuestra inexperiencia para seducirnos con sus malos ejemplos y con sus máximas perversas; tentaciones por parte del demonio, que entonces mas que nunca pelea para apartarnos de Dios, y conquistar nuestros corazones enteramente novicios. ¡Cuán fácil es, que desde la infancia nos dejemos llevar al mal y nos extraviemos del buen camino! Y si los principios son malos, ¿cuáles serán las consecuencias? Nosotros, pues, aunque bautizados, necesitamos de un nuevo socorro que nos fortifique en la vida espiritual todavía muy flaca y débil para sostenerse por sí sola; y este socorro nos lo ha proporcionado Jesucristo con el sacramento de la Con-

firmacion, el cual confirma, perfecciona y acaba lo que el Bautismo ha comenzado en nosotros.

Esto no es decir que la Confirmacion sea necesaria para salvarnos con necesidad de medio; pero sí que lo es con necesidad de precepto: de suerte que quien la rehusase teniendo proporcion de recibirla, pecaria gravemente; ya porque desobedeceria á Jesucristo que no instituyó en vano este Sacramento, ya porque voluntariamente se privaria de las gracias y auxilios que él comunica, y sin las cuales es moralmente imposible conservar la vida espiritual entre tantos peligros que por todos flancos la amenazan. ¿Qué pensaríais de un viajero que precisado á andar por caminos infestados de asesinos y ladrones, rehusase aceptar las armas que un buen amigo le ofreciese para su defensa? Este viajero es el cristiano expuesto á los peligros del mundo; Jesucristo le ofrece en el sacramento de la Confirmacion una arma espiritual para defenderse, le manda que la acepte, diciéndole: *Accipite armaturam Dei, ut possitis resistere in die malo*. Si él, pues, la rehusa se hace culpable; porque se expone al riesgo evidente de sucumbir á sus enemigos espirituales. De lo que debéis inferir, que pecan gravemente aquellos padres flojos y omisos, que no cuidan de que en llegando sus hijos á una conveniente edad sean confirmados; porque dejándolos con el solo Bautismo, quedan siempre niños, débiles y flacos en la vida espiritual, y de consiguiente expuestos á sucumbir al primer encuentro del enemigo.

No solo esto, hijos míos, sino que incumbe á los padres disponer á sus hijos para que reciban con fruto este Sacramento, teniendo mucho cuidado de que no lo profanen recibéndole en estado de culpa grave, si por su edad son capaces de haberla cometido. Aquí se trata de un Sacramento de

vivos, el cual está instituido, no para dar la primera gracia, sino para aumentarla; y por lo mismo de un Sacramento que debe ir precedido de la confesion, ó á lo menos de una contricion perfecta, si el que ha de recibirlo ha tenido la desgracia de perder la inocencia del Bautismo. Cuiden, pues, los padres de preparar y disponer el corazon de sus hijos anticipadamente, ya excitándoles á hacer una buena confesion, ya instruyéndoles de los grandes efectos que la Confirmacion produce en el alma, ya haciéndoles tener previamente algunos dias de devoto recogimiento. Esto, me diréis, nunca lo hemos practicado. — Bien lo sé que nunca lo habeis practicado, y harto lo deja ver el poco fruto que se saca de la Confirmacion; pero esto no prueba que no tengais obligacion de hacerlo, sino solo que hasta al presente habeis faltado á los deberes de buenos padres.

Los efectos que la Confirmacion produce en quien dignamente la recibe son admirables; lo que se echa de ver por los ritos y ceremonias que practica el obispo al tiempo de conferirla. 1.º El obispo hace la imposicion de las manos sobre el confirmando; y esto denota que en virtud de este Sacramento el Espíritu Santo baja sobre su alma, al modo que bajó sobre los Apóstoles el dia de Pentecostes. 2.º El obispo le unge la frente con el crisma, que es un compuesto de aceite y bálsamo consagrado; y esto indica que la gracia del Espíritu Santo fortifica su alma contra los enemigos de su salvacion, y le hará suave cuanto puede hallar de penoso y difícil en la observancia de los deberes cristianos. 3.º Esta uncion se la hace el obispo en forma de cruz: y esto declara que la cruz ha de ser su enseña, que jamás debe avergonzarse de ella, y que con esta señal hará huir vergonzosamente á todos sus adversarios. 4.º El obispo le hiere ligeramente la mejilla; y con

esto le demuestra que debe estar pronto á sufrir toda suerte de contradicciones por el nombre de Jesucristo, seguro de que no le faltarán los auxilios y gracias convenientes para sufrirlas con mérito y con honor.

Pero el principal efecto de la Confirmacion es imprimir en el alma un sello, un carácter, que como el del Bautismo no se puede borrar. Este carácter es como una señal de que somos alistados en la milicia de Jesucristo, de que pertenecemos á su bandera y estamos obligados á sostener su fe como soldados bravos y valientes. Para conseguir este objeto, junto con el carácter se nos da una gracia de *fortaleza*, la cual nos hace semejantes á un guerrero veterano, que atento á la gloria de su príncipe, sufre alegre las fatigas de la guerra, entra imperturbable en el combate, y presenta al enemigo un pecho de bronce. Tales, hijos míos, debeis presentaros vosotros en el campo de este mundo, todo lleno de peligros, tentaciones y combates: como buenos soldados de Jesucristo debeis pelear con honor, resistir con ánimo, triunfar con gloria. Para poder conseguir esto, voy á daros instrucciones las mas oportunas.

No debeis pensar, hijos míos, que podais estar libres de tentaciones mientras vivais en este mundo; antes debeis estar persuadidos de que las experimentaréis fuertes y frecuentes; ya porque es muy natural que el demonio os haga continua guerra para reduciros á su esclavitud, ya porque Dios como buen padre dispondrá algunas veces, que seais tentados para mayor bien de vuestra alma, como él mismo os lo previene. *Hijo*, os dice por el Eclesiástico, *resolviéndote tú á servirme, prepárate para la tentacion. Porque eres grato á*

Dios, dijo tambien un Ángel á Tobías, *ha sido necesario que viniese la tentacion á probarte.* ¡Cosa extraña! Si hubiese dicho, porque eres un gran pecador mereces ser tentado, no me causaria admiracion; pero decir, porque agradas á Dios, porque eres bueno, justo, inocente, por esto mismo ha sido necesario que viniese la tentacion á probarte, ¿quién puede entenderlo? No obstante así es. Son tantos los frutos que pueden resultar de las tentaciones, que el apóstol Santiago llama dichoso al que las padece: *Beatus vir, qui suffert tentationem.* ¿Por qué? Porque, responde, despues que haya sido probada su fidelidad, recibirá la corona de la vida: *Quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ.*

Además, por medio de las tentaciones el alma ejercita la fe, la esperanza, el amor de Dios, la humildad, la paciencia y otras virtudes cristianas; por medio de las tentaciones consigue el alma grandes méritos y satisface mucho por sus pecados; conoce su propia flaqueza, experimenta la necesidad de recurrir á Dios, y en efecto á él recurre. ¿Cuándo fue que los Apóstoles acudieron á Jesucristo con gran solicitud? Cuando se levantó en el mar una tan récia tormenta, que por poco no les echa á pique. Así el alma jamás suele recurrir á Dios con mas humildad, fervor y frecuencia, que cuando se halla acometida de la tentacion. Nadie, pues, se queje ni desconsuele por mas tentado que se vea; porque por horribles, por diabólicas que sean las tentaciones, nunca le harán desagradable al Señor, con tal que no las consienta.

Aquí está mi temor, dirá tal vez alguno; yo no sentiria tener tentaciones si supiese de cierto que no las consiento; pero mi espíritu queda ordinariamente tan perplejo, que no puedo decidir si he consentido ó no. — Muy justo es vuestro temor, hijos míos, y me gusta que lo experimenteis, pues suele

ser indicio de un alma timorata; pero yo quiero daros algunas reglas por las cuales podais decidir si consentís ó no á la tentacion. 1.^a Siempre que la tentacion os cause pena, esta pena es indicio claro de que no la consentís. No está el mal en sentir una tentacion, lo está en consentirla; pero este consentimiento no existe mientras la tentacion desagrada, mortifica y molesta. 2.^a Siempre que practiqueis medios para resistirla y vencerla, es cierto que estais muy léjos de consentir. Si vosotros veis que al presentarse un ejército enemigo, la ciudad cierra las puertas, las tropas corren á las armas, los paisanos toman un fusil y acuden á la muralla, ¿pensaréis que hay intencion de rendirse? No; antes todo indica que se está en el ánimo de recibir con balas al enemigo, si tiene la presuncion de acercarse. Así, si cuando la tentacion embiste, el alma cierra las puertas del entendimiento y corazon, se arma de santos pensamientos y abraza el escudo de la fe, ¿pensaríamos que la consiente? No; antes manifiesta claro que la abomina y rechaza. 3.^a Siempre que no pongais por obra aquello que la tentacion os persuade, pudiéndolo fácilmente ejecutar, podeis probablemente inferir que no la habeis consentido; porque toda vez que se puede hacer el mal, y no se hace, es porque no se quiere, y así falta el consentimiento y no hay pecado. Esta regla puede tener sus excepciones; pero las mas de las veces se verifica.

Lo que mas os conviene saber es la táctica que habeis de guardar en los combates que los enemigos de vuestra salvacion os presentan incesantemente; porque de los medios que en esto emplearéis, depende el triunfo ó la derrota. Si el combate es con el demonio, vuestra gran máxima ha de ser, entrar con gran ánimo en la lucha, porque este ánimo le espanta. Un santo Padre de la Iglesia dice, que el demonio es leon

y es hormiga; porque hace el oficio del uno y de la otra, conforme se le teme ó se le resiste. Si el alma pelea como hormiga cobarde, el demonio cobra ánimo y la embiste como leon, *tamquam leo rugiens*; pero si el alma resiste con valor de leon, el demonio queda vencido como miserable hormiga. ¿Y cómo no pelearéis con valor, hijos mios, si, avivando la fe, considerais que todo lo podeis, sostenidos del brazo del Señor que os conforta? ¿si pensais que combatís por la causa del mismo Dios, por no ofenderle y no perder su gracia? ¿si atendeis al gran premio que os espera, que no es menos que la eterna gloria? ¿si os acordais que Dios os está mirando cuando peleais, y que solo espera veros vencedores para entregaros la palma y la corona? ¿si por último reflexionais que el mismo Jesucristo se pone de vuestra parte, animándoos con su ejemplo y fortaleciándoos con su gracia? ¡Ah! Señor, decia el santo Job: *pone me juxta te, et cujusvis manus pugnet contra me*: poneos Vos á mi lado, y venga quien quiera á desafiarme.

Si el combate es con la carne y las pasiones, vuestra gran regla ha de ser resistir luego, y resistir con dignidad. Cuando adviertes, os dice el Espíritu Santo, que tu carne comienza á rebelarse contra tí, *locum tuum ne dimiseris*, no dejes tu lugar y posicion. Tu posicion es, dominar la concupiscencia, refrenar el apetito y tenerle humillado bajo de tus piés: *sub te erit appetitus tuus*. Cuando él quiere sublevarse, te toca sujetarle, reprimirle, no consentir que se enseñoree de tí. Este es, hijos mios, el remedio soberano que debeis aplicar contra la sublevacion de vuestras pasiones, resistencia pronta. ¿Se levantan movimientos de impureza? No estar allá vacilando, no esperar, no deliberar: pronto, pronto á chafarles la cabeza. ¿Se levantan movimientos de cólera, en-

vidia, impaciencia, etc.? ¿qué aguardais? Reprimidlos luego, y con una pronta resistencia enseñadles á no sublevarse otra vez. Ya sé que no somos dueños de los primeros movimientos de nuestras pasiones; pero luego que entra la reflexion, es menester encadenarlas, y no consentir que levanten la cabeza.

Este medio que acabo de indicaros, es muy eficaz para contener las pasiones cuando se rebelan contra el espíritu; pero hay otro mas eficaz todavía, que no solo las reprime, sino que las mata en su raíz, y es el ejercicio de las virtudes que les son contrarias. Así como en las enfermedades del cuerpo nos servimos de los remedios opuestos; así conviene hacerlo con las pasiones, que son enfermedades del alma. ¿Es la intemperancia la que quiere dominaros? Oponedle la virtud de la abstinencia. ¿Es la lascivia? Oponedle la oracion y el ayuno. ¿Es la envidia? Oponedle la caridad cristiana. ¿Es la cólera? Oponedle la mansedumbre de Jesucristo. ¿Es el orgullo? Escudaos con la humildad, que es la enemiga capital y la exterminadora de todas las pasiones. Yo os aseguro que si echais mano de estos medios, pronto veréis desaparecer estas semillas de perdicion.

Por último, hijos míos, si la lucha es con el mundo, vuestra gran mira ha de ser evitar las ocasiones, de las cuales suele nacer la tentacion. La tentacion unas veces viene de Dios, que quiere probar y purificar el alma; otras viene del demonio, que quiere arruinarla y perderla; otras viene de la carne, que quiere comprometerla y dominarla; pero lo mas ordinario y frecuente es, originarse de las ocasiones exteriores en que la persona se pone temerariamente. Quitense estas causas, y desaparecerán en gran parte las tentaciones. Todos los dias oimos á muchos quejarse de que son muy

tentados; pero ¿cómo no han de serlo, si ellos mismos buscan la tentacion? Una persona que mira, habla, escucha sin discrecion ni miramiento, ¿es extraño que despues sea molestada de malos pensamientos? Una persona que mantiene tratos, familiaridades, aficiones con gentes que no debiera, ¿es extraño que sea acometida de deseos impuros? Una persona que todos los dias va al baile, á la tertulia, á la reunion, mezclándose con gente libertina, escuchando el cuentecillo indecente, presenciando el gesto provocador, ¿es milagro si es tentada? No: el milagro seria que no lo fuese.

Lo peor que hay en esto es, que tales personas no quieren sea dicho que las ocasiones á que se exponen sean la causa de sus tentaciones y caidas. Yo, dice una doncella, voy al baile; pero salgo de él la misma que entro: si veo, si oigo, si presencio cosas que están fuera del órden, no hago caso de ellas, y solo cuido de divertirme: un mal pensamiento jamás me ha venido; un mal deseo en mi vida lo he experimentado; un movimiento impuro no sé lo que es.— ¡Trapacera!!! ¿á mí quieres persuadir esto? Ándate á engañar á quien sea mas sencillo que yo. Si un dia Dios te toca el corazon; si un dia te resuelves á hacer una buena confession general, entonces lo veremos... Yo, dice un jóven, frecuento aquella casa, trato familiarmente con tal persona, la considero cual otro yo; pero su vista, su presencia, sus palabras no me hacen la menor impresion; un mal pensamiento jamás se me asoma; una mala inclinacion jamás la experimento.— ¡Angelito de Dios! ¿y cuál ha sido el Serafin que ha bajado á ceñirte el cingulo de pureza, y á destruir en tí toda raíz de sensualidad? Sin duda habrá sido el mismo que bajó á ceñir los lomos del angélico doctor santo Tomás. Vamos: esos pecados que no quieres ahora decir, los

dirás un día, si te resuelves á hacer una buena confesion.

Por lo que á mí hace, jamás creeré que una persona que se mete temerariamente en las ocasiones del mundo, esté libre de tentaciones y de pecados. Bastantes son, hijos míos, las tentaciones que todos los días nos presenta el demonio; bastantes son las que incesantemente nos ofrecen nuestras mismas pasiones; ¿por qué buscar otras en el mundo? ¿por qué ir á provocar nuevos enemigos? Tened siempre presente, que en este género de combates quien huye triunfa; quien embiste queda vencido, y no podrá ceñir la corona de triunfo, lo que Dios no permita. Amen.

PLATICA IV.

LA SAGRADA EUCARISTÍA.

Memoriam fecit mirabilium suorum
misericors et miserator Dominus : es-
cam dedit timentibus se. (*Psalm. cx, 4*).

Al sacramento de la Confirmacion, explicado en la plática anterior, sigue inmediatamente el santísimo sacramento de la Eucaristía; Sacramento el mas santo, el mas augusta, el mas digno de nuestra veneracion y amor; Sacramento que encierra los tesoros mas preciosos de la sabiduría infinita de Dios, las obras mas admirables de su poder, las finezas mas tiernas de su bondad; Sacramento en el cual, como dice el Profeta, Jesucristo ha reunido y compendiado todas las maravillas de su bondad y misericordia : *memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus.*

No teneis obligacion, hijos míos, de saber distintamente

todas las verdades pertenecientes á este gran Sacramento; porque hay algunas tan altas y difíciles, que solo pueden alcanzarlas los sábios teólogos; pero sí estais obligados á saber mas de las que comunmente sabeis. ¡Ay de mí! Es tan poco lo que algunos sabeis sobre el inefable misterio de la Eucaristía, que sois incapaces de responder acertadamente á las preguntas mas óbvias y triviales. Si os preguntan ¿qué cosa es la Eucaristía? respondeis : *Aquello que hay en el altar mayor.* Si os piden ¿quién está en la hostia sagrada? contestais : *Dios nuestro Señor.* Si os preguntan ¿dónde está Jesucristo? decís : *En todo lugar.* Si os piden ¿qué cosas son necesarias para comulgar? respondeis : *Pensar bien con los pecados.* El corazon se cae á pedazos, hijos míos, cuando oimos de la boca de cristianos tales despropósitos y groserías; cuando escuchamos de gente bautizada unas respuestas, que ni un turco pudiera darlas mas insulsas y desacertadas; cuando vemos en los hijos de la Iglesia tanta ignorancia sobre el principal de nuestros Sacramentos.

Para desterrar esta ignorancia, que ciertamente habrá sido causa de infinitas comuniones sacrílegas, me detendré muy despacio en explicaros en diferentes pláticas todo lo concerniente al augusta sacramento de la Eucaristía; y así quedeis suficientemente instruidos de lo que es, de los efectos que causa, y de las disposiciones que pide. Por hoy me limitaré al primer punto, mostrándoos lo que es.

La Eucaristía, fieles míos, es *aquel Sacramento que bajo las especies de pan y vino consagrados contiene real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.* Este Sacramento fue instituido por